

NUESTRA PERCEPCION DEL MUNDO INVISIBLE

Toda realidad con la que no tenemos relación directa es una construcción artificial de nuestra mente.

La gran mayoría de las realidades de las que nos hablan las noticias pertenecen a ese mundo externo. No sólo las que tienen con otras naciones, sino también con cualquier hecho ajeno a nuestro entorno. Del extenso universo de la vida pública sólo conocemos con cierto grado de certeza aquello que podemos ver, oír y tocar; las realidades que están a mayor distancia de lo que nuestros sentidos perciben sólo las conocemos de manera indirecta. Sin embargo, nos hemos acostumbrado a creer que las noticias que leemos, vemos u oímos son realmente la realidad y que, por lo tanto, leyéndolas, viéndolas o escuchándolas, conocemos la realidad que nos circunda.

Los seres humanos siempre hemos llenado nuestras cabezas con ideas y creencias cuyo origen puede ser de lo más variado y extraño. La historia universal está llena de estrañíllas concepciones y convicciones de hombres talentosos que hoy únicamente nos pueden producir asombro y gracia. Las ideas sobre la forma en que se sostenía la tierra, o las que definían la naturaleza de las mujeres, de los esclavos, de los reyes, de los dragones, de los ángeles, de los dioses, del cielo y del infierno. Cada uno de los hombres que sostuvo esas ideas, lo hizo con la absoluta convicción de que su verdad estaba por encima de toda duda. ¿Cuál era el fundamento de su certeza? Podían ser los Libros Sagrados, la tradición, la superstición o el prejuicio. Para ninguno de esos

pensadores había nada de absurdo en sus ideas. Comprendiendo este rasgo de la naturaleza humana podemos entender mejor las furias de la guerra y de la política: los miembros de los grupos militares o políticos creen a ciegas en la imagen que tienen del grupo opositor porque toman como una verdad revelada, no la realidad, sino la percepción que tienen de ella.

Esas “verdades” a menudo están vinculadas con los hombres conspicuos. Existe una especie de necesidad humana de crear héroes y santos que iluminen en algo la oscuridad de sus propias vidas. Mediante el mismo mecanismo por el cual se crean los héroes se inventan los demonios. La historia tiene una buena galería de hombres que son para muchos la encarnación de todo lo bueno, lo heroico y lo sabio; y para otros, esos mismos hombres representan la más decantada encarnación del mal y del error.

La única idea y sensación que se puede tener sobre un acontecimiento con el cual no se tiene vinculación directa, es la que se crea mediante la imagen mental de ese suceso. Por eso, hasta que no conocemos aquello que los otros creen saber, no podemos realmente entender sus actos. El hecho en sí poco importa. Lo que realmente importa es la imagen y la idea que nos hacemos de ese hecho. Por eso es que bajo ciertas condiciones los hombres responden tan poderosamente a la ficción como responden a la realidad y, en muchos casos, inclusive ayudan a crear la misma ficción a la cual responden.

Lo anterior nos lleva a resaltar un hecho: entre el hombre y su medio está inserto un pseudo-ambiente, una

invención mental a la cual cada quien le pone sus propios colores, luces y sombras.

Cuando hablamos de invención o de ficción no queremos con ello decir que sean enunciados mentirosos. Pueden ser falsos, pero quien los expresa está convencido de que está diciendo la verdad. Son representaciones mentales de la realidad. Estas representaciones van, desde un escenario completamente esquizofrénico y alucinante, a uno bastante exacto y científico; en este último caso el observador intenta conocer la realidad dejando a un lado sus propios gustos y demás inclinaciones personales.

La cultura humana es en gran parte la selección y el ordenamiento o reordenamiento de los patrones sociales y personales. A esto es a lo que William James llama "**la azarosa irradiación y ordenamiento de nuestras ideas**".

No existe alternativa a esta forma humana de percibir el mundo ya que la realidad es muy extensa, compleja, variada y cambiante, como para que podamos tener un conocimiento más o menos exacto de la misma. Es imposible manejar tanta variedad de hechos y circunstancias, con tantas transformaciones y combinaciones. En su pequeña Atenas, Sócrates, el más sabio de su época, sabía que era casi infinito lo que no sabía; hoy, en un mundo mucho más extenso y abigarrado, cambiante e interrelacionado, nuestra incapacidad para conocerlo y comprenderlo es mucho mayor.

Todos tenemos unos mapas con los que nos manejamos

en el mundo; aún cuando esos mapas sean abstracciones que a menudo tienen los signos cardinales extraviados y sean una representación muy pobre de la realidad, nos permiten caminar por el mundo. A menudo nos hacen librar batallas que ya se han perdido o ir a lugares que ya han desaparecido, pero todos tenemos derecho a cometer nuestros errores. La lectura de esos mapas nos permite levantar nuestras banderas y expresar nuestras opiniones con gran convicción, sin que necesariamente reparemos en la lógica o el fundamento de esas opiniones.

En toda percepción humana existe la relación triangular entre la escena de la acción, la imagen humana de esa escena y la respuesta humana ante esa imagen, que a su vez influye en la escena de la acción. Dice Walter Lippman que es como una obra teatral sugerida por los actores con su propia experiencia.

La conducta humana posee a menudo un doble drama: el motivo interior y el comportamiento exterior. Dos hombres están trenzados en una discusión acalorada y apasionada: lo que todos percibimos es que se trata de una discusión sobre política. Cada cual defiende con ardor la posición de su propio partido político. En sus evocaciones y en sus sentimientos lo que está presente es una circunstancia que ocurrió hace varias décadas cuando el padre de uno de ellos insultó al padre del otro por la prensa en un momento de turbulencia política y de pasiones exacerbadas. El drama exterior queda explicado: la disputa no es sobre política, es sobre amor paterno.

Cada uno de nosotros percibe la realidad según su

propia historia personal. Un mismo hecho posee diferentes connotaciones para distintos hombres. Una gran cantidad de experiencias personales -de muchas de las cuales no tenemos conciencia- son las que dictan las creencias que heredamos de nuestro entorno más cercano sin que nosotros lo percibamos. Obviamente algunas experiencias poseen un peso especial y la posibilidad de cuantificarlas y catalogarlas es mayor: el hogar, la escuela, la iglesia, el grupo económico y social, el vecindario. Otras son más personales: el insulto que recibí de niño, el temor que me infundían las personas de aquel grupo, la paliza que me propinó la policía. Esta intrincada y numerosa variedad de circunstancias hace que cada uno de nosotros perciba la "realidad" a su manera. Por eso es inútil pontificar sobre la naturaleza y la conducta humana. Lo que podemos hacer es observar lo que hacen los hombres, cómo piensan, qué opinan, cómo actúan, cómo reaccionan. De ahí que el don de pronosticar el comportamiento humano repose únicamente en el regazo de los dioses. La conducta de los hombres es imprevisible, pues los principales ingredientes del barro humano son, el libre albedrío, teñido con mil circunstancias, y el azar.

Buena parte de lo que cada ser humano cree está basado, no en un conocimiento certero y directo, sino en las imágenes de la realidad que él mismo ha construido en su mente, o en las imágenes que le han transmitido. Si está convencido de que determinado partido político es el que tiene las mejores soluciones para sus problemas personales, estará hasta el final de la contienda electoral con ese partido. No importa si esa persona sabe lo que piensan los dirigentes de ese partido en relación con sus

problemas. La forma en que el mundo es imaginado por los hombres, determina la forma en que piensan y actúan.

La opinión pública trata con hechos indirectos, invisibles y complejos que no tienen nada de obvios.

El mundo político con el que todos nos vinculamos está fuera de nuestra vista, alcance y conocimiento. Si le preguntamos al más sabio de los políticos de la comarca cuál es su opinión sobre la marcha de un determinado Ministerio o Institución, si realmente posee una leve brizna de sabiduría, tendría que contestarnos que no sabe.

A menudo en nuestros países aparecen casos de corrupción hipopotámicos cometidos por políticos o funcionarios públicos que disfrutan del favor de la prensa y de buena propaganda; si un día antes de la aparición en la prensa de uno de esos escándalos se le pregunta a los hombres mejor informados su opinión sobre el curso de la institución en la que se llevó a cabo el fraude multimillonario, probablemente contestarán que la institución va por buen camino y que está cumpliendo adecuadamente con su cometido. Aún hechos de tal magnitud como el descalabro político o financiero de un país pueden pasar inadvertidos por algún tiempo a los ojos de todo un pueblo, e inclusive de los expertos del propio país o del extranjero. La Unión Soviética y México son dos gigantescos murales que ilustran esta realidad.

Para poder hacer frente a un universo mucho más extenso que el ámbito de la experiencia inmediata, la gente crea imágenes en sus cabezas de ese universo

externo; obviamente, esas imágenes son a menudo distorsionadas y engañosas y, por lo tanto, rara vez son una adecuada base para tomar decisiones acertadas.

Siendo la realidad algo extraordinariamente complejo, distante, confuso y cambiante, y existiendo inmensas diferencias acerca de lo que los hombres sabemos y percibimos de esa realidad, la democracia no puede funcionar con un grado razonable de éxito, cualquiera que sea su forma de ejercer la representatividad, a menos que existan grupos de expertos independientes que simplifiquen, y en algún grado hagan comprensible la realidad oculta, a los ciudadanos y a los que tienen que tomar las decisiones.

La prensa tiene en esto un papel muy importante que jugar, pero ella sola no es capaz de organizar y hacer inteligible para el ciudadano común la apabullante y compleja realidad.

Una sociedad moderna puede trabajar con un mayor nivel de eficiencia si posee los mecanismos para que grupos de expertos independientes, ajenos a los vaivenes de la política y de la opinión pública, digieran y formulen los principales problemas de la sociedad. Sobre este tema volveremos más adelante.

Una vez hecha esa tarea, se brinda a los órganos decisorios y a la opinión pública, generalmente por medio de la prensa, una visión resumida y decantada de ese trabajo. A menudo los mecanismos de análisis y control funcionan una vez que la decisión ha sido tomada. Es conveniente implementar mecanismos para

lograr que las voces que representan a la sociedad puedan ser escuchadas antes de que se tomen las grandes decisiones.